

AY MAMA INÉS,
DE JORGE GUZMÁN: ENTRE LA CRÓNICA Y
EL TESTIMONIO

Renato Martínez
Cornell College, Iowa

I
EL PROBLEMA

Los hombres son unos caracoles lentos y ciegos que recorren el jardín del mundo dejando una estela fugaz y transparente.

Benjamín Subercaseaux, *Chile, o una loca geografía*¹

Nos llega al hemisferio norte precedida de un enorme éxito de crítica, la novela *Ay mama Inés* (1993)², de Jorge Guzmán. En efecto, el libro ha obtenido los premios Ilustre Municipalidad de Santiago, Manuel Montt, Academia Chilena de la Lengua, Consejo Nacional del libro, además de alentadoras reseñas. Juzgamos que es un éxito justificado. La escritura es ágil, amena; la hipótesis de trabajo es interesante, y la familiaridad del autor con el texto de la época le permite una escritura mimética, donde el lector se siente por momentos sobrecogido, aventurándose por la naturaleza prístina del valle del Aconcagua de mediados del siglo XVI. Adicionalmente, tras un fino manejo del argumento, Guzmán produce, de un texto extraordinariamente multiestratificado y diverso, como el de la conquista, una narración homogénea y coherente.

Pero además de los indudables méritos literarios de la obra, el entusiasmo de la crítica chilena también se debe a que la voz narrativa pulsa la siempre dulce cuerda de la patria, construyendo una vibrante gesta basada en la conquista de Chile. “Crónica testimonial” es el subtítulo que el autor ha escogido para esta novela, haciendo converger en una, dos narrativas que si bien tienen evidentes conexiones historiográficas, su signo retórico es enteramente diferente. Mientras el testimonio es denunciatorio, la crónica es frecuentemente eulógica —hecha la necesaria excepción con De las Casas, Sahagún, y la crónica producida por indígenas y mestizos—. Adicionalmente, la obra se autoexime de un elemento

¹Benjamín Subercaseaux, *Chile, o una loca geografía*. Santiago: Editorial Ercilla. 1961.

²Jorge Guzmán, *Ay mama Inés*. Santiago: Editorial Andrés Bello. 1993.

crucial tanto de la crónica como del testimonio: la contemporaneidad entre el evento y su escritura. En rigor, la excelente novela de Jorge Guzmán, más que reunir las condiciones de estos dos géneros, experimenta la tensión de existir entre ambos. *Ay mama Inés* tiene de común con la crónica un tono épico³, logrado con el carácter elevado de los propósitos; la grandeza de los personajes principales y su altura heroica, como al mismo tiempo por la rotunda bajeza de sus oponentes. Asimismo, comparte con la crónica el aspecto fundacional del argumento, que busca explorar —tal vez polemizar— el origen y el perfil cultural del chileno. Participa, por otro lado, de los textos del género testimonial, con una débil acusación de crueldad ejercida por algunos españoles en contra de los indígenas de Chile. En el presente trabajo se definirá esta tensión de propósitos, como así mismo su consecuencia en el entendimiento del discurso del mestizaje en Chile.

En cuanto a Inés de Suárez, que junto a Sor Juana Inés de la Cruz tal vez formen el perfil más notable de la mujer en la colonia, su rol más importante en el libro de Guzmán es el de narrador representado. *Ay mama Inés* no es sobre Inés, sino sobre don Pedro. Desde la situación privilegiada de su intimidad con el conquistador, Inés entrega la información que está más cercana al corazón de Valdivia.

II ES ESPACIO

“Agora comienzo a ser señor”.

Pedro de Valdivia

Son varias las características que *Ay mama Inés* comparte con los textos del género épico y la más distintiva entre ellas es la intención fundacional de la novela. “Chile” empieza a ser construido como una narrativa utópica, como la materialización de un subtexto basado en los preceptos de Erasmo de Rotterdam quien, según el narrador, “junto con haber hecho entrar un aire fresco y perfumado en las catacumbas estrechas de la Iglesia Católica” (24), era una fuente de inspiración para la empresa de conquista emprendida por Valdivia. Es así como saturado del humanismo erasmista, Pedro de Valdivia habría esbozado, ya antes de la llegada a Chile, un texto sobre el territorio chileno. Según lo dice Inés,

³La naturaleza épica de la textualidad colonial ha sido ya propuesta por René Jara y Nicholas Spadaccini en “Introducción: Allegorizing the New World”, *1492-1992 Re/Discovering Colonial Writing*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1991: “It is important to recall here that most of the colonial texts had an epic character in the sense that writing was used in order to control the domain of the Other” (15).

[Valdivia creía] “posible fundar un reino donde rigiera el bien, en ese mundo de Chile, todavía no inficionado por la borrachera de mal que endemoniaba al Virreinato. La imagen de un paraíso terrenal, pero POSIBLE⁴,... [Inés] Veía el país de Valdivia dichoso de simplicidad, y veía a los habitantes regidos por su cordura severa y paternal. Un país donde los terribles pero justos castigos, el buen ejemplo de los gobernantes, un clero ilustrado y bondadoso, enseñaran virtudes simples y sólidas a todos (27).

La imagen de sociedad ideal que parece inspirar a Valdivia es complementada por la visión de las nuevas tierras sugeridas por otro extremeño, Pedro Gómez de Don Benito. Éste habría venido con la expedición del adelantado don Diego de Almagro, en 1536, a descubrir el territorio de Chile. “Decía Don Benito que nunca, ni junto al Guadalquivir, ni entre los amenísimos riachuelos de Extremadura, había sentido lo que una tarde, sentado en la parte alta del valle del Mapocho”, y “consiguió decirle a Valdivia lo que realmente había visto, con los ojos, mientras empezaba a ponerse el sol: la luz increada... Don Benito se había arrodillado en el suelo, y había llorado copiosamente, sintiendo que estaba en un lugar paradisiaco” (26). Tanto la visión utópica de Valdivia como el paraje ameno de Don Benito convergen en la creación de un texto sobre el espacio narrativo.

La presentación de un territorio idealizado, transformado en virtud de los hechos que allí han de ocurrir, y que es coherente con la naturaleza del proyecto epopéyico buscado por el autor, es un lugar común en la narrativa épica. *La Araucana*⁵, por ejemplo, el poema épico basado en la resistencia de los indígenas mapuches del territorio chileno, que escribiera Alonso de Ercilla, tiene los famosos versos del Canto I: “Chile, fértil provincia y señalada / en la región Antártica famosa, de remotas naciones respetada / por fuerte, principal y poderosa”. Y continúa: “Es Chile norte sur de gran longura, / costa del nuevo mar, del Sur llamado...” (59). Este poema épico enfatiza, desde luego, no la tierra en su aspecto físico apropiado para el florecimiento de las virtudes humanistas, de Valdivia, o de la belleza tranquila de Don Benito, sino un espacio donde viven los valerosos, indómitos araucanos. Como veremos, al tocarse la visión de Valdivia, de Don Benito, y también de Inés, con la realidad de la conquista, se empieza a desgranar la imagen idealizada inicial y a perderse la armonía de propósito y espacio existente inicialmente en los tres personajes.

⁴Enfatizado en el original.

⁵Alonso de Ercilla, *La Araucana*. Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, 1958. La obra fue publicada en tres partes: 1569, 1578 y 1589.

El Virreinato del Perú es en cambio un espacio narrativo antiutópico, la encarnación de todos los vicios de la época y sus circunstancias. “Nadie ignoraba las atroces traiciones diarias que se cometían en el virreinato”. (16). “Los Pizarro eran el único asiento verdadero del poder. Y ese poder tenía una muy clara forma. Todo aquel que viviera en Lima o en el Cuzco o en Potosí, estaba afectado incurablemente de secundariedad” (22). De este modo, el territorio de Chile es presentado en oposición al virreinato, nido de la traición, la mediocridad y la mentira. La adjetivación que Guzmán escoge para referirse al Virreinato del Perú es ajustada al registro histórico. Tal vez en ninguna parte, entre las amplias posesiones americanas de la Corona española, se haya producido un espectáculo mayor de ambición y lucha fratricida por el poder como se produjera en el Perú. Desde la concesión para conquistar y poblar la tierra de los Incas, recibidas por Diego de Almagro, Francisco Pizarro y el cura Hernando de Luque, en 1524, de manos del gobernador de Panamá, Pedro Arias Dávila, tristemente célebre como Pedrarias, una saga de traiciones, homicidios arteros y guerras civiles se apoderó del otrora rico territorio del Tahuantinsuyu, terminando con la vida no sólo de Pizarro y Almagro, sino que también de los descendientes del primero y de muchos de los seguidores del segundo, hasta que el nuevo gobernador enviado por la Corona, don Pedro de la Gasca llegara al Perú en 1548.

Pero los vicios del virreinato van invadiendo los nuevos territorios del sur y enturbiando cuanto hubiera de utopía en la aventura de los expedicionarios; la traición y la ambición se van cerniendo sobre los sueños iniciales. El mismo don Pedro de Valdivia —en un episodio oscurísimo— engañó sin contemplaciones a un grupo de pobladores de Santiago que viajaba de regreso a España, tomando sus fortunas para utilizarlas en la guerra civil del Perú. En *Ay mama Inés*, Jorge Guzmán capta esta atmósfera de conspiración y doblez a través del personaje Pedro Sancho De Hoz, quien busca el asesinato y la suplantación de Valdivia desde muy temprano en la aventura de Chile. Tampoco omite Guzmán la evidencia de que una de las diferencias más notables entre Valdivia y De Hoz es el origen de su mandato. Mientras De Hoz contaba con la aprobación de la Corona, a cuya proximidad —según se sugiere— llega gracias a las raíces nobiliarias de su esposa, Valdivia sólo tenía el respaldo del Virrey, además de un gran prestigio como soldado y gran organizador de campañas. Esta situación de tensión entre la autoridad virreinal y la autoridad de la Corona es, como veremos, un importante elemento histórico en la lucha de intereses de América. En el desarrollo de la novela, sin embargo, en la pugna entre Valdivia y De Hoz va tomando precedencia la caracterización moral y psicológica que el autor asigna a ambos. Valdivia es la energía delirante del encuentro con un nuevo mundo, es hijo de su

esfuerzo y está animado por visiones utópicas y de lealtad a la Corona. De Hoz, en cambio, es la personificación de la perfidia, de la gracia cortesana vacía y de la aventura personal. A través del énfasis en este contraste, la novela abandona parte de su proyecto historizante, de fidelidad a las condiciones materiales e ideológicas del siglo xvi español, para favorecer una línea de antagonismo novelado entre personalidades históricas. Quizás sea ésta la mayor desaveniencia que hemos de encontrar entre la crónica y lo testimonial, ya que en la construcción del Valdivia épico se desvanece un tanto el contexto histórico político, materia que es consustancial al testimonio. Lo épico, después de todo, siempre abriga la esperanza de la construcción textual permanente, de establecer la gran narrativa fundacional; lo testimonial, por otra parte, nunca podría ser concebido sin sugerir la posibilidad del cambio del evento narrativo que denuncia.

El Pedro de Valdivia que habita las páginas de *Ay mama Inés* está dedicado apasionadamente a la creación de una civilización, desde las calles minuciosamente cuadriculadas de Santiago del Nuevo Extremo, hasta la organización de los vecinos en un cabildo. Sin duda existe el Valdivia constructor, aquel que se esfuerza en hacer prosperar un territorio difícil, ya que, como expresaba en Carta de 1545 al emperador Carlos V —no mencionada en la novela—: “no había hombre que quisiese venir a esta tierra y los que más huían della eran los que trujo el adelantado D. Diego de Almagro, que como la desamparó, quedó tan infamada que como la pestilencia huían della”⁶. Este Pedro de Valdivia a quien no le importaba, en servicio de su majestad, hacer “oficios viles”, continúa en la misma carta: “...parecíame para perseverar en la tierra y perpetuarla a V.M. habíamos de comer del trabajo de nuestras manos, como en la primera edad, procuré de darme a sembrar, e hice de la jente que tenía dos partes, y todos cavábamos, arábamos y sembrábamos en su tiempo, estando siempre armados y los caballos ensillados de día...” (Ibíd. p. 4). Sin embargo, Pedro de Valdivia no podía ser otra cosa que un hombre de su tiempo, venido de una España que, pese a la unificación lograda por los reyes católicos —indicios de un absolutismo monárquico incipiente— aún se debatía entre los estamentos de un medioevo no resuelto. De este modo, el proyecto de Valdivia, más que devenir un agricultor, un esforzado burgués, era llegar a ser un señor de la tierra, formar una heredad y percibir de ella los derechos correspondientes. Conocida es la profunda crisis económica y de comercio de España entre los siglos xvi y xvii, que

⁶Carta de Pedro de Valdivia al emperador Carlos V, en 1545, *Historiadores de Chile*, Tomo I. Santiago de Chile: Imprenta del Ferrocarril. 1861, página 2.

conlleva la ruina de la burguesía y el auge del poder económico de la nobleza. Los hidalgos, modesta nobleza de antiguo cuño, empobrecían también en la península, pero en América encontraban una nueva oportunidad. Esta es la oportunidad que buscaban aventureros geniales y ambiciosos como un Cortés, un Pizarro, o un Valdivia.

Pocas dudas caben de que el proyecto personal de la mayoría de los conquistadores era de tipo gentilicio; una prolongación del modo de producción feudal, lo que además explica la naturaleza de las instituciones y empresas productivas coloniales de Hispanoamérica —el latifundio, por ejemplo— que habrían de heredar las jóvenes repúblicas en el siglo XIX. En este sentido, es extraordinaria la similitud que existe entre la correspondencia de Hernán Cortés y Pedro de Valdivia con el rey Carlos V. Ello no tiene otra causa que la identidad del signo ideológico manejado por ambos soldados. Recordemos qué decía Cortés en 1526 en su quinta Carta de Relación a Carlos V:

Si vuestra grandeza no fuere servido o no tuviere oportunidad de me hacer merced de lo que a vuestra majestad suplico para me mantener en esos reinos y servirle como yo deseo, sea que vuestra celsitud me haga merced de me dejar en esta tierra lo que yo agora tengo en ella, o lo que en mi nombre a vuestra majestad se suplicare, haciéndome merced dello de juro y de heredad para mí y mis herederos, con que yo no vaya a esos reinos a pedir por Dios que me den de comer; y con esto recibiré muy señalada merced⁷.

Por su parte, Pedro de Valdivia habría de escribir en 1550 —su tercera carta, no incluida en la obra de Guzmán—:

Asimismo si mis servicios fueran aceptos a V.M. en todo o en parte, pues la voluntad con que yo he hecho los de hasta aquí y deseo hacere en lo porvenir es del más humilde y leal criado súbdito e vasallo de su cesárea persona que se puede hallar, a aquella mui humildemente suplico en remuneración dellos, sea servido de me hacer merced de la ochava parte de la tierra que tengo conquistada, poblada y descubierta, descubriere e conquistare e poblare andando el tiempo, perpétua para mí e para mis descendientes, y que la pueda tomar en la parte que me pareciese con el título que V.M. fuere servido de me hacer merced con ella. (Ibíd. p. 49).

Sabido es que Cortés logró ser nombrado marqués del Valle de Oaxaca en 1529. Valdivia, en cambio, terminó siendo derrotado en la batalla de Tucapel por su antiguo caballerizo, un indígena de extraordinario genio

⁷Hernán Cortés, *Cartas de Relación de la conquista de México*. Madrid: Espasa-Calpe, S.A. 1979. Página 297.

militar llamado Lautaro, que aprendió de los propios españoles sus debilidades. Valdivia, uno de los mejores capitanes venidos de la península —lo que parece ser un consenso— murió después de penosa agonía y los mapuches consumieron su carne de enemigo en un acto ritual.

La deslealtad es el primer pecado que ensombrece la cara idílica de la empresa de Chile. En *Ay mama Inés* ésta aparece vinculada al virreinato, y a su prolongación en la campaña de Chile: Pedro Sancho De Hoz. El tema es, sin embargo, recurrente en la crónica de la Conquista y forma una parte, tal vez necesaria, del discurso político del renacimiento. Es una expresión más de la ética política de la “razón de estado” que tan elocuentemente presentara Maquiavelo en *El príncipe* (1513) y, sin duda, representa un aspecto de la transición del medioevo europeo hacia un nuevo modo de producción. Es en este contexto que se produce una empecinada lucha entre muchos españoles en América por lograr acceso directo al monarca y recibir de ellos la esperada concesión de título, y de aquí, por lo tanto, surge el extenso conflicto de lealtad entre españoles primero, y luego entre la autoridad local y el conquistador en la cadena de mando de la Conquista. En el caso de Cortés la lucha sería con el gobernador de Cuba, Diego Velázquez y su enviado Pánfilo de Narváez, a quien Cortés derrotó con gran facilidad. Si se compara la conquista de México con la de Chile, se verá que tanto Cortés como Valdivia se desprenden de la autoridad gubernamental tras la fundación de los poblados de la Villa Rica de la Vera Cruz —actual Veracruz— y de Santiago del Nuevo Extremo. Los vecinos nombran a Cortés y a Valdivia, respectivamente, como autoridad local y de este modo ponen a distancia el gobierno virreinal. Adicionalmente, como muestra la nutrida correspondencia de los conquistadores, de los que sabían leer y escribir, naturalmente, ellos se dirigen con gran frecuencia, saltándose el conducto regular, directamente al Rey.

III AY MAMA INÉS

“Doña Inés Suárez, varonil heroína, durante lo más fervoroso de la acción les quitó la vida a los prisioneros con una hacha de armas...”

Pedro de Córdoba y Figueroa, *Historia de Chile*

La naturaleza cronicada de *Ay mama Inés* vuelve a toparse con el lado testimonial de la novela en el desarrollo de los personajes. Mientras Pedro de Valdivia es enaltecido gracias a su planteamiento como personaje épico, Inés de Suárez, figura de extraordinaria presencia histórica, recibe en cambio el tratamiento reductivo que la tradición épica aplica a

la mujer. La heroína épica está clásicamente investida —en España desde la Ximena del Cid hasta la Dulcinea del Quijote— de un carácter inspirador, acompañante, secundario, y Guzmán, fiel al compromiso con este género, deja a Inés limitada a las funciones definidas para este rol. “Con una mujer así —había dicho uno de los enemigos de Valdivia— el que no se porta como el Cid, tendría que morir de vergüenza” (66). Inés de Suárez sólo logra ser la gran mujer que está detrás de cada gran hombre. Como personaje, muestra los diversos aspectos domésticos de la Conquista y su estoicismo para tolerarlos; la precariedad de los primeros tiempos, cuando había que ajustarse al estado de campaña militar permanente; otras veces Inés sirve para dar una medida del genio y figura que es don Pedro. Es necesario mantener presente que Valdivia lleva a su conviviente a una empresa entendida como militar y evangelizadora, desafiando así el canon moral encarnado nada menos que por sus católicas majestades, don Fernando de Aragón y doña Isabel de Castilla.

La crónica en general —como escritura destinada a inscribir al Otro— es generosa en asuntos de guerra con los indios y de honor entre caballeros, pero mezquina en el registro de la contribución femenina en la empresa de la Conquista. Tal vez con la excepción de la Malinche y la tradición de la violación de la indígena, la crónica es reacia a mostrar el empuje de la mujer y su existencia azarosa en este período de umbrales y rupturas. Inés de Suárez no es el Otro en el sentido heurístico que imprime la crónica —el indígena y América lo son—, sino que es simplemente una mujer, un perfil indeciso en la imaginación del siglo XVI. Un recorrido rápido por el texto de la colonia chilena permite evidenciar que la presencia de Inés tiende a des/escribirse o a enmendarse sucesivamente a través de diferentes registros. Valdivia es el primero en practicar un borrado, primero de sus cartas a la Corona —como era de esperarse— y luego de su vida misma, ya que bajo la presión del virreinato cedió a Inés en matrimonio a uno de sus soldados. Inés tampoco es mencionada en la crónica de Alonso de Góngora Marmolejo, quien sirviera en Chile bajo las órdenes de Valdivia⁸. Sin embargo, el capitán don Pedro Mariño de Lobera, quien llegara a Chile en 1551, describe generosamente a doña Inés, a quien apellida Juárez, relatando ampliamente su participación en el episodio de la defensa de Santiago de 1541. Compara a Inés con las mujeres más célebres de la historia y la mitología y le atribuye “un tan varonil ánimo como si fuera un Roldán, o Cid Rui Dias”⁹. Mariño de

⁸Alonso de Góngora y Marmolejo, *Historia de Chile, desde su descubrimiento hasta el año de 1575*. Colección de historiadores de Chile, Vol. 1. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1862.

⁹Pedro Mariño de Lobera, *Crónica del Reino de Chile*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1865. Vol. 6. p. 60.

Lobera trasciende la figura de Inés, para expresar de todo el género que “No me acuerdo yo haber leído historia en que se refieran tan varoniles hazañas de mujeres como las hicieron algunas en este reino...” (Ibíd. p. 60). La crónica de Mariño de Lobera, que es la más cercana al texto de Guzmán, sin duda difiere de la de don Vicente Carvallo i Goyeneche, nacido en la ciudad de Valdivia en 1742. Para éste, “doña Inés de Suárez, mujer de Rodrigo de Quiroga, degolló los cinco indios presos que pretendían romper las prisiones. I aunque este hecho nada contribuyó para la victoria, que después alcanzaron, pero de la animosidad de esta famosa extremeña, se deja entender el coraje del más íntimo de los soldados”¹⁰. Para don Jerónimo de Quiroga, aproximadamente en la misma fecha del anterior, Inés es “la mujer o criada de Valdivia, llamada Juana Jiménez”¹¹, Pedro de Córdoba y Figueroa la vuelve a mencionar en su *Historia de Chile*, inciertamente fechada entre 1740 a 1745¹². Según Córdoba y Figueroa, “Doña Inés de Suárez, varonil heroína,

durante lo más fervoroso de la acción les quitó la vida a los prisioneros con una hacha de armas, sin orden del comandante, menospreciando el temor de ser los españoles vencidos o la esperanza de vencedores, siendo lo más oscuro de saber lo porvenir, como dijo Pitaco; y lo más cierto de lo que a este hecho la impulsó, sería el anillo nupcial, pues tiene en común las personas, sucesión y fortuna, y veía a su caro esposo expuesto al mayor peligro. (*Op. cit.* p. 39).

Es así, como Inés, “varonil heroína”, accede a la historia por virtud de perder su condición femenina en una acción de guerra, lo que ya había sido sugerido por Mariño de Lobera también. Además, Inés aparece, por desconocimiento o intención del autor, desposada a uno de los soldados, lo que justifica o inmediatiza su actuación. En este sentido es encomiable el intento de Guzmán de rescatar a este personaje extraordinario que la imaginación patriarcal persiste en olvidar, desfigurar, y dejar empolvado entre los viejos archivos históricos. En la obra de Guzmán, a Inés le es restituida su femineidad, aunque limitada a los roles tradicionales de la épica, y como mujer, actúa sólo en femenina desesperación: “Hizo traer hachas y ella misma ayudó en la decapitación de los siete cuerpos. Después que se llevaron cabezas y cuerpos, y que hubieron salido todos los soldados, vomitó llorando sobre la sange que cubría el suelo” (186).

¹⁰Vicente Carvallo i Goyeneche, *Historia del Reino de Chile*. Colección de historiadores de Chile. Vol. VIII. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1875. p. 25.

¹¹Jerónimo de Quiroga, *Compendio histórico*. Colección Historiadores de Chile. Vol. XI. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio. 1878. Pág. 103.

¹²Pedro de Córdoba y Figueroa, *Historia de Chile*. Colección Historiadores de Chile, Tomo II, Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1862.

De cómo surgió la terrible decisión de Inés de cortar la cabeza de los caciques es algo que nunca será posible saber con certeza. La novela de Guzmán se inclina a presentar esta acción como respuesta a una acción similar de los indios: “Si ellos muestran las cabezas de los nuestros, será para desanimarnos. Hagámosles lo mismo a ellos. Decapitémosles a sus caciques y les mostramos las cabezas” (185). Aunque esta explicación es plausible, no es la única probable. La mutilación de partes del cuerpo, especialmente de la cara, el marcado a fuego, son signos muy específicos y pertenecen a un sistema semiótico bastante definido y común a la Europa del siglo XVI. Más aún, la mutilación, como medida de escarmiento para súbditos rebeldes fue ampliamente practicada por Valdivia, como es evidente en esta carta a Carlos V de 1550 —también excluida de *Ay mama Inés*—:

Matáronse hasta mil e quinientos o dos mil indios, y alanceáronse otros muchos, y prendiéronse algunos, de los que mandé cortar hasta doscientos las manos y narices en rebeldía de que muchas veces les había enviado mensajeros y hécholes los requerimientos que V.M. manda. (*Op. cit.* p. 45).

Sin duda, Valdivia se refiere al “Requerimiento”, texto esbozado por el jurista español Palacios Rubios en 1514, según el cual los indígenas eran conminados a ser súbditos de la Corona, ya que como tales, su rebeldía era castigada según las normas de la jurisprudencia hispana. Volviendo a Inés, es necesario concluir que ya sea en desesperación, como parece sugerir Guzmán; o en completo dominio de su genio estratégico, como se sugiere aquí, ejecutó una acción de tipo militar cuyo resultado pudo haber salvado la vida de los colonos de Santiago.

El héroe épico tiene un destino trágico, como ha demostrado Gilbert Highet¹³ y Valdivia, por su desarrollo épico en *Ay mama Inés*, no es ajeno a esta suerte. Como en la épica renacentista de Ludovico Ariosto, *Orlando Furioso* (1516) (Ibíd. p. 145), quien pierde la razón por el amor imposible de Angélica, en la novela de Guzmán Valdivia pierde la mesura y el buen juicio que le eran característicos, transformándose en un jefe irascible y violento, cambios que no tardan en ser anotados por Inés. Actividad incesante, nuevas exploraciones, el lavadero de oro de Malgamalga, su crianza de caballos de Cachapoal, parecen ocupar toda la atención de Valdivia (213). La empresa de Chile se enriela, llegan más colonos e incluso algunas españolas. Valdivia recurre a implantar gravámenes entre los vecinos a título de préstamos. Enseguida viene el episodio mediante el cual Valdivia se apodera de los dineros que los viajeros de Santiago

¹³Gilbert Highet, *The Classical Tradition*, New York: Oxford University Press, 1950.

habían dejado en la nave Sanct Pedro, pronta a partir rumbo a la madre patria. Aquí ya Valdivia se apronta para ir al Perú, donde tendría importante participación en la guerra contra Gonzalo Pizarro. Y aunque Valdivia habría de regresar triunfante de las luchas del Virreinato, para emprender sucesivas campañas en Chile, es aquí donde Guzmán escoge terminar la novela, ya que la sección siguiente ocurre veinte años después. Llegado a este punto, Valdivia ya es un personaje trágico, porque aunque no ha muerto, en el corazón de Inés ha dejado de existir para el deslumbramiento y la fantasía; ha perdido la inocencia, ya conoce al Otro y sabe cómo prosperar en su tierra.

¿Cuál parece ser la causa de los cambios de Valdivia sugeridos en *Ay mama Inés*, cambios que sirven para proveer esta marco trágico a la vida del personaje-conquistador? La sugerencia que parece entregar la novela es que la aventura de América excedió los límites de la entereza de los colonizadores; que los sueños desatados por el encuentro con un nuevo continente fueron superados por la realidad inexorable de las limitaciones humanas. “Quisiéramos lo que quisiéramos, soñáramos lo que soñáramos —medita Inés, en sus momentos póstumos— nuestra empresa no podía tener más que una forma real; la misma de los demás territorios del Nuevo Mundo” (238). El origen del mal —había discurrido Inés un poco antes— está en el desbalance entre deseo y conocimiento que la naturaleza humana tiene impreso en nuestro cuerpo “y si es así, entonces la naturaleza humana es mala mayormente porque no sabe, porque no tiene luces de entendimiento y tiene deseos y ESO ES LA INOCENCIA¹⁴; los pecados son otra cosa; yo siempre he sentido que el pecado era la indiferencia y eso se siente solamente DESPUÉS de que el ansia ya tiene nombre, pero ha perdido la realidad” (235).

Tras la pincelada épica que usa Guzmán para esbozar a Pedro de Valdivia, la imagen del conquistador resulta sutilmente suavizada por las circunstancias terribles de la Conquista; por el encuentro tan desafortunado y dispar entre el acero toledano y la macana de roble. Las pasiones y ambiciones que surgen, inevitables, porque el cuerpo tiene más deseos e indiferencia que “luces de entendimiento”, parecen devolver a cada protagonista de la aventura americana al texto, otra vez, libre de pecados individuales, absueltos por la historia. Pero, ¿es así realmente? Surgen otros textos que muestran a un Valdivia que, aunque no muy diferente al de Guzmán, acentúan el aspecto de la ambición del conquistador. Góngora Marmolejo, por ejemplo, contemporáneo y soldado de Valdivia, habla de un capitán “de buena estatura, de rostro alegre,

¹⁴En mayúscula en el texto original.

la cabeza grande conforme al cuerpo, que se había hecho gordo, espaldudo, ancho de pecho, hombre de buen entendimiento, aunque de palabras no bien limadas, liberal, y hacía mercedes graciosamente. Después que fue señor rescebía gran contento en dar lo que tenía... mas tenía dos cosas con que oscurecía todas estas virtudes, que aborrecía a los hombres nobles, y de que ordinario estaba amancebado con una mujer española, a lo cual fué dado". (*Op. cit.* p. 41).

También, Góngora Marmolejo habla de cierta inevitabilidad en el destino de los hombres, aunque en su caso piensa que Dios está detrás de la causa:

¡Grandes secretos de Dios que debe considerar el cristiano! Un hombre como éste, tan obedecido, tan temido, tan señor y respetado, morir una muerte tan cruel a manos de bárbaros. Por donde cada cristiano ha de entender que aquel estado que Dios le da es el mejor; y si no le levanta más es para más bien suyo; porque muchas veces vemos procurar los hombres ambiciosos cargos grandes por muchas maneras y rodeos, haciendo ancha la conciencia para alcanzarlos; y es Dios servido que después de haberlos alcanzado los vengan a perder con ignominia y gran castigo hecho en sus personas, como a Valdivia le acaeció cuando tomó el oro en el navío y se fué con él al Pirú, que fué Dios servido y permitió, que por aquel camino que quiso ser señor, por aquel perdiese la vida y estado". (*Op. cit.* p. 39).

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, quien llega a Chile en 1557 con don García Hurtado de Mendoza, un sucesor de Valdivia, presenta en *La Araucana* a un conquistador cuyas acciones son aún menos justificables:

A Valdivia mirad, de pobre infante
si era poco el estado que tenía,
cincuenta mil vasallos que delante
le ofrecen doce marcos de oro al día:
esto y aun mucho más no era bastante
y así la hambre allí lo detenía:
codicia fue ocasión de tanta guerra
y perdición total de aquesta tierra.
(*Op. cit.* p. 97).

Llegados a este punto en la arqueología de los textos de la Colonia, no es posible dilucidar enteramente el tema de la responsabilidad individual frente a la fuerza del determinismo histórico en la ocurrencia de los descalabros de la Conquista; sin embargo, las condiciones políticas y materiales de la España del siglo XVI tienen una importancia que con frecuencia retrocede frente a respuestas psicologistas o morales con que suelen sellarse estas preguntas.

IV LOS MESTIZOS

El roto chileno es, pues, Araucano-Gótico.
Nicolás Palacios, *Raza chilena*¹⁵

Casi toda narración sobre el primer encuentro de españoles e indígenas en América conlleva una proposición acerca de la naturaleza del indígena o del mestizo. Estas visiones son, en su mayoría, esencialistas. Proponen una visión del mestizo y su cultura que parece provenir de su descendencia biológica del español y el indio. Atribuyen al mestizo —en una forma muy positivista— una herencia biológica del carácter psicológico. El mestizo —ya sea el “roto”, el “cholo”, etc.— es presentado como un ser contradictorio, en parte porque las burguesías nacionales siempre miraron a Europa como referente, volviendo las espaldas a lo americano. Por otra parte, el mestizo también les resulta contradictorio porque es producto de dos vertientes ancestrales que, al tocarse mutuamente buscando la sobrevivencia de sus respectivas condiciones materiales e ideológicas de existencia, resultaron inalcanzables entre sí por la razón y sólo se tocaron en la lucha y en el violento deseo por el Otro. “Bordeamos el misterio de nuestro pueblo¹⁶ —dice Benjamín Subercaseaux hablando del chileno¹⁷— y no llegamos a interpretar su mirada lejana ni las razones sin razón que gobiernan sus actos”.

Otra expresión del carácter del mestizo —también muy positiva al estilo del siglo XIX y recuperada por el mundonovismo de principios de este siglo— es la transferencia de las particularidades del medio ambiente a la psicología de su habitante. Subercaseaux, por ejemplo, se plantea en el caso de Chile la diferencia entre el norteño y el sureño. Mientras en el norteño encuentra la independencia del carácter, la anarquía de las

¹⁵Nicolás Palacios, *Raza chilena*. Santiago: Editorial Chilena. 1918. Página 36. Palacios sostiene que el chileno constituye una raza formada por el cruce de la mujer araucana y el soldado español, que era predominantemente gótico (germánico). Encuentra además que “los Godos y los Araucanos, tan diferentes en su aspecto físico, poseían ambos, con la misma nitidez y fijeza, todos los rasgos característicos de lo que los entendidos llaman psicología varonil o patriarcal...” (37). Es por esta razón que la raza chilena, aunque pueda mostrar menores diferencias exteriores —dice Palacios— que va del rubio germánico al moreno indígena, su psicología, su “fisonomía moral”, muestra extraordinaria uniformidad.

¹⁶Resulta curioso comprobar, no obstante la paradoja que ello encierra, que la mayor parte de los textos esencialistas, refiriéndose a la masa chilena, hablan de “nuestro pueblo”, admitiendo así dos cosas: la primera es que el mestizo, en tanto que es “nuestro pueblo”, es “el otro”, pertenece a una sociedad de clases y está enrolado en la clase trabajadora, y la segunda, es que para interpelarlo de esta manera, el narrador ha adoptado la posición emisora de la burguesía, de la clase de elite.

¹⁷Obra citada, página 44.

acciones, el inconformismo, y como expresión global se acerca más al europeo; el sureño, en cambio es sumiso. Mariano Latorre presenta una visión similar, aunque incorpora elementos de clase a su caracterización: el roto, revolucionario, que no aceptó la esclavitud del encomendero, rompió los lazos con el patrón y luego se va transformando de acuerdo al oficio que emplea —marino en la costa, minero en el norte, obrero en Santiago—. El huaso, en cambio, no quiere cambios, es conservador y fue adquiriendo los hábitos burgueses de su patrón¹⁸. En esta dimensión psicológica, el huaso es el sur, el roto es el norte y es Santiago, lugar donde se unen artificialmente todos estos “países”. Tal vez sea *Raza chilena*, de Nicolás Palacios, el ensayo que más abiertamente preconiza la naturaleza hereditaria del carácter del mestizo y por ende de su cultura. El texto sostiene que el chileno es descendiente del visigodo español y del araucano, quienes, aunque disímiles físicamente, se unen por compartir el rasgo de su “psicología patriarcal”.

En *El laberinto de la soledad* (1950)¹⁹, Octavio Paz ha propuesto el texto más elaborado —qué duda cabe— no sólo del origen del mexicano moderno desde el padre español y la madre indígena, sino que ha extendido esta reflexión a la elaboración de un código discursivo nacional que lo explica. “Toda la angustiosa tensión que nos habita —dice Paz— se expresa en una frase que nos viene a la boca cuando la cólera, la alegría o el entusiasmo nos llevan a exaltar nuestra condición de mexicanos: ¡Viva México, hijos de la chingada!” (68). “¿Quién es la chingada? —se pregunta Paz más adelante—. Ante todo es la Madre. No una Madre de carne y hueso, sino una figura mítica”. Chingar, he ahí la palabra clave en el discurso de Paz, un elemento léxico con muchos marcadores semánticos, pero que centralmente es herir, rasgar, violar, penetrar con violencia. Lo chingado es lo pasivo, lo femenino y abierto. “El chingón”, aquel que es activo, agresivo y cerrado. El “Gran Chingón”: aquel que lo hace en el negocio, en la política, en el crimen; el “chinga-quedito”, el que recurre al soslayamiento, el disimulo; el “chingoncito”, etc. “Se chingó” se dice cuando algo se rompe, y del que hace un acto que se sale de las reglas “hizo una chingadera” (69-70). En este discurso, también “rajarse” es abrirse, claudicar.

Si se compara la expresión “hijo de la chingada” —dice Paz— con “hijo de puta” —la versión española de la misma frase, se verá que no son iguales. “Para el español la deshonra consiste en ser hijo de una mujer

¹⁸Mariano Latorre, *Chile, país de rincones*. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1985. (p. 16).

¹⁹Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1959. (Primera edición en 1950).

que voluntariamente se entrega, una prostituta; para el mexicano, en ser fruto de una violación” (72). La violación de la india por el español está al centro de esta construcción, organizada y personificada alrededor de la entrega de Malinche²⁰ a Cortés, con quien primero se identifica, transformándose en “su lengua”, y a quien luego ayuda a destruir a su propio pueblo. “El mexicano y la mexicanidad —escribe Paz— se definen como ruptura y negación. Y asimismo, como búsqueda, como voluntad por trascender ese estado de exilio” (79-80). Es así como en el ensayo de Octavio Paz la conquista es un acto de fecundación más que una invasión; un gesto de procreación de una nueva raza más que de segregación en castas por la sumisión y la explotación de un pueblo entero por otro.

Ay mama Inés no dedica un gran espacio a dilucidar claramente el terreno conceptual en que se produce el mestizo; sin embargo parece participar de una forma muy sutil de estas construcciones esencialistas que presentan la metáfora de la familia como el origen de la masa mestiza latinoamericana. Sutil, porque después de todo, Valdivia en contraste con Cortés, traía a Inés, una española, y difícilmente habrían podido procrear al mestizo mítico. Sin embargo, en el texto de la novela con frecuencia aparecen niños mapuches al centro de episodios familiares y caseros. Estos niños son recogidos o “adoptados” por los españoles. Niños —como Agustinillo (126-27)— que ya anticipan el carácter pícaro, “ladino”, con que suele describirse al “roto” chileno. El mismo Lautaro —a quien llamaban Felipe los españoles— es un niño semiadoptado por Valdivia e Inés. Un niño terrible, indómito, que deja prever el genio del gran líder. Es así como por vía de la adopción, *Ay mama Inés* podría sumarse al contingente textual que emplea la metáfora familiar. Especialmente interesante es el último párrafo del libro, la reflexión de Inés sobre su hijastra Isabel, la hija de su nuevo marido. “Es mestiza, Pedro” —dice Inés en estos febriles momentos, imaginándose que habla con su ex amante— “Ya tienen hijos grandes los niños que nacieron en esos bellísimos primeros meses; y son distintos; tienen más posibilidades que los indios; tienen futuro; son astutos; muy inteligentes, tanto como los indios, pero muy desenvueltos, hasta la desvergüenza, la mayoría” —luego termina el párrafo y el libro— “en los años que vengan, estas castas se seguirán mezclando entre ellas y producirán algo; en eso, en suma, se nos convirtió el sueño” (242).

²⁰Malintzin entre los indígenas, su nombre deriva a Malinche. Los españoles la interpe-
lan por su nombre cristiano: doña Marina.

V

CONCLUSIONES

Un epígrafe de Benjamín Subercaseaux sobre el paso de los hombres por la historia, introducía este trabajo, y ahora, al momento de concluir estas líneas, se hace necesario volver a esta cita para sugerir una enmienda. Es posible que los hombres sean unos caracoles lentos y ciegos que recorren el jardín del mundo dejando una estela fugaz —como dice Subercaseaux—; sin embargo, ésta nunca es transparente. La novela de Jorge Guzmán ha contribuido a entender que no hay nada más turbio que el paso de los seres humanos por el tiempo. Guzmán obtiene esto mediante una lograda discusión de la vida de Pedro de Valdivia e Inés de Suárez. Un destino trágico se cierne sobre los personajes, creado por la magnitud del encuentro entre el rico continente americano y el ávido mercantilismo europeo del siglo XVI.

Como personajes que viven una existencia literaria en esta novela, Valdivia y Suárez fueron parte de un universo narrativo cuyo lenguaje se mimetiza con el de la crónica colonial y donde sobresale el tono épico de la participación de éstos en la Conquista de Chile. En la presente nota se sostiene que la novela de Guzmán toma existencia en un campo de fuerzas originado por la tensión entre un anverso cronicado y su reverso testimonial, y donde el primero termina desplazando al segundo. El texto, además, ofrece imágenes y metáforas relativas a los orígenes de la chilenidad. En este tema, *Ay mama Inés* parece favorecer un modelo formativo más bien cultural, en la tradición latinoamericana idealista más prevalente, que historizante —en la práctica de Prada²¹ y Mariátegui²², por ejemplo —sobre la formación del discurso mestizo.

La novela de Guzmán muestra la aventura portentosa de aquellos que inauguran la historia poscolombina de Chile. No evita mostrar la violencia de una guerra de conquista, no esconde los atropellos de los españoles; sin embargo, quizás por celebrar el aspecto épico de dicha aventura, más que el testimonio, nunca se propone vincular al indio o al mestizo con las estructuras económico-sociales de la Colonia. *Ay mama Inés* nos encanta con la fuerza vibrante de una gesta extraordinaria y, sin duda, su brillo epopéyico se habría opacado con un gesto sociológico. No obstante, el lector no puede evitar discurrir que una atención más preferente a las condiciones materiales e ideológicas de la época habría podido modificar sustancialmente la imagen que entrega de Valdivia y adicionalmente

²¹Nos referimos especialmente a “Nuestros indios”, en *Horas de lucha*, 1908.

²²José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Empresa Editora Amauta, S.A. 1980.

habría proyectado el tema de las relaciones periferia-metrópolis a través del tiempo hasta nuestros días. La historia suele deleitarse con simetrías y vagas repeticiones: el impulso colonialista que, actuando de comadrona de la historia latinoamericana, originó los eventos de la Conquista y creó los códigos del discurso del mestizaje, viene ahora con las ropas del capitalismo tardío —y los códigos de la posmodernidad— a enfrentarse al mismo discurso mestizo que contribuyera a crear hace más de quinientos años. Los Valdivia, los Cortés y los Pizarro siguen llegando a nuestro continente a cargo de filiales de las grandes corporaciones. ¿Cuándo habremos de escribirles la épica que les corresponde?

ABSTRACT

La excelente novela de Guzmán se autodefine como crónica testimonial, sin embargo los géneros crónica y testimonio, pese a su similar contingencia histórica, tienen un signo retórico opuesto. La crónica —con notorias excepciones— es eulógica y tiene propósitos fundacionales. El testimonio es, por el contrario, denunciatorio y subversivo. Ay mama Inés, encuentra existencia en un campo de fuerzas originado por la tensión entre un anverso cronicado y su reverso testimonial, y donde el primero termina desplazando al segundo. La consecuencia más importante del predominio de la crónica es el relato de Pedro de Valdivia como un héroe épico y trágico de grandes proporciones, mientras que su lado histórico, ideológico y social retrocede a un segundo lugar.

Guzman's excellent novel defines itself as a "testimonial chronicle", although genders such as "testimony" and "chronicle" are opposite rhetorical sings, despite similar historical contingencies. The chronicle, save exceptional cases, is eulogical and fulfills foundational purposes. Testimonial, on the contrary is denunciatory and subversive. "Ay Mama Ines" finds its literary existence from a tug-of-war between a chronicled anverse and a testimonial reverse, where the former ends by displacing the latter. The Most important consequence of the predomiance of the chronicle element is in the history of Pedro de Valdivia as an epic and tragic hero of great proportions whereas his historical, ideological and social sides are relegated to a second place.